

# Caín

# Y

# Abel

Carmen  
Naranjo



Una espesa y profunda tragedia une los nombres de Caín y Abel, los primeros hijos de Adán y Eva.

También mucho se ha escrito sobre ellos, quizás algo de lo más profundo se deba a don Miguel de Unamuno, para quien son seres obsesionantes, especialmente Caín, el hombre en que se inflamó la envidia, sentimiento muy humano y patético, germinador de tragedias y producto tantas veces de desplazamientos oscuros, raros que envenenan el alma y destruyen la vida propia al intentar destruir la de otros.

Caín era labrador y traía a Jehová, en tributo a su grandeza, los frutos de la tierra. Caín siguió el ejemplo de su padre, logró los campos en busca del florecimiento y de la productividad. Llevaba en su frente la consigna divina de "maldita sea la tierra por tu causa; con trabajo comerás de ella todos los días de tu vida, y te producirá espinos y abrojos, y comerás de las plantas del campo".

No relata la Biblia los trabajos que debe haber pasado Caín al hacer surcos, al regar la semilla, al esperar en vano las lluvias y sentir en el dolor de sus manos el trabajo inútil de la infertilidad. No nos dice tampoco el libro sagrado de que en otras esperas las lluvias fueron intensas, lavaron las semillas y tampoco hubo frutos. No nos cuenta de ese trabajo incansable del agricultor, que agrieta el cuerpo y el alma, luchando con los pájaros que roban, con las ovejas que deshacen los cultivos, con la aridez y la incertidumbre del sembrar para conseguir siembras. Calla la Biblia si Caín tuvo problemas con los pastores de ovejas, que quizás distraídos, tal vez sin intención, dejaron que sus rebaños destrozaran los sembrados. No sabemos si Caín discutió sobre eso con Abel, quien era pastor de ovejas. Puede ser, eran hermanos con distinto oficio, con una mira diferente.

El pastor es libre, lleva a sus ovejas por el campo y parece que pastorea con ellas. Necesita la mente amplia de los caminos, la paciencia imaginativa del que disfruta el entendimiento con el rebaño, crea un mundo de horizontes en que se canta a Dios porque se mira mucho el cielo y se adivina en sus paisajes la bondad o la hurañez de los vientos y de las lluvias. Pastor de ovejas es Abel, pastor sonriente que no conoce lo mío y lo tuyo, porque busca el verde para su rebaño, el verde de la sonrisa y de la alegría. Ya en el verde las ovejas se quedan subyugadas y el pastor toca su flauta, dialoga con la brisa, piensa imagina, hace dibujos en los contornos del cielo, esculpe figuras en los bordes y en las rocas, ha aprendido a dominar el tiempo, es la paciencia en sí mismo. La frotaleza de su alma es de fibra recia y alegre, no hay infortunio que lo entristezca, el mundo es un pasto por encontrar y el pasto crece por doquier, la compañía del rebaño, es la compañía de la soledad luminosa por que el camino abierto lleva a una meta segura.

Hombres diferentes eran Caín y Abel, sus oficios sin duda simbolizan actitudes, creencias, personalidades con poca comunicación y afinidad entre sí. Un labrador había de sus siembras, de la tierra y sus abonos, de la observación permanente de las eras. Poco debía hablar Caín a Abel. Quizás Abel era más comunicativo, el camino abierto de su pastoreo está lleno de novedades, un pájaro extraño que cruzó el cielo en la madrugada es ya un tema de conversación, sus alas eran de un rojo vivo...Pero, Caín no oye, le aburren los pájaros, son sus enemigos, su horizonte está definido por sus parcelas, le importa lo que pasa en ellas, en su pedazo de tierra y el verde que lo deleita es el del retoño, más la faena del cuidado para que progrese y crezca. Abel también daba sus frutos a Jehová, le llevaba los primogénitos de sus ovejas. Es fácil imaginárselo más que satisfecho de los frutos obtenidos, como debía también estar Caín, alegre al entregar la ofrenda, ambos con la alegría de decir a Dios "éste es el mundo que has creado y el mundo es bueno".

Y Dios comete una injusticia porque selecciona, escoge entre Caín y Abel, y así favorece al segundo. Creo que todos los seres humanos nos sentimos afectados por esta escogencia. Ser igual es difícil ante la sociedad y las vicitudes de la vida, casi imposible. El hombre está acostumbrado ya a que las diferencias tienen un precio y una terrible sustancia de injusticia. Ante esas realidades humanas, esperamos por lo menos ser iguales ante Dios, el Todopoderoso, el gran hacedor de lo justo. Una selección divina, rompe el orden de igualdad que esperan los hombres. **Hay algo más trágico para el ser humano?**

Dios mira a Abel y a su ofrenda, "mas a Caín y su ofrenda no miró; y ensañóse Caín en gran manera, y decayó su semblante". Es como si se oyera la oración de Abel, si su plegaria llegara al cielo, y la de Caín no se elevara, no encontrara alas ni fuerzas ante Jehová. ¿Por qué? Esa debe haber sido la pregunta candente de Caín. ¿Por qué no yo, por qué sí Abel? La única respuesta es que Dios ve en el fondo de las almas, aún cuando esa respuesta contiene otra pregunta más: **¿Por qué si en el alma de Caín había más zozobra y tormenta que en la de Abel, no había más piedad y comprensión hacia él por parte de Dios?**

El relato bíblico produce muchas preguntas, a veces sin respuesta. Pero, lo más interesante es que Dios no es ajeno a la pasión interna de Caín. Por eso le habla en un tono extraño, en que le abre las puertas por primera vez al libre albedrío en la historia de la humanidad. Dios le dice a Caín "Por qué te has ensañado, y por qué ha decaído tu semblante? Si bien hicieres, ¿no serás acepto?, mas si no hicieres bien, el pecado yace a la puerta. Y a ti estará sujeta su voluntad y tú serás su señor".

A Caín se ha confiado la recompensa y el fin de sus actos, pero ¿en qué estado su alma? Sin duda padece ya de zozobra, ha visto que Abel sin gran esfuerzo, sin decisión de su parte, no requiere empeño, todo en él es de por sí aceptable. En cambio, Caín debe decidir entre el bien y el mal.

Parece que el peso del destino y del pecado de Adán y Eva, se congregaran en su alma. Lucha por el fruto de sus cosechas, ofrece las primicias de ese fruto a Dios, pero ni siquiera son miradas. Ante su pesar, ante el dolor grave y profundo de la diferencia establecida entre Abel y él, la respuesta que recibe es la de que tiene entre sus manos el hacer el bien o el hacer el mal. Toda la complejidad del árbol de la vida, se ha trasladado al alma de Caín.

Y, ¿qué decide? Las circunstancias definen el acontecer del alma en el cuerpo de Caín. Dice la Biblia: "Y aconteció que al estar ellos en el campo, se levantó Caín contra su hermano, y le mató".

Estaban en el campo, y cuál era ese campo. ¿El campo abierto de Abel, en que las ovejas podían apacentar a su antojo, o el campo labrado de Caín, el campo aprisionado en eras y huertas, en que Abel no podía entrar con sus ovejas? No lo especifica la Biblia, no da detalles. No podemos saber si el enfrentamiento es del labrador, dueño absoluto de la tierra, frente al pastor, buscador de la siembra y el pasto para sus ovejas, invasor instintivo del verde y de la siembra.

No lo sabemos. Únicamente se dice que Caín mató a Abel, Jehová, el testigo divino del crimen, extiende su sentencia, en esa época y también en las venideras. El es el juzgador de los actos humanos. "¿Qué has hecho?, la voz de la derramada sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Y ahora, maldito eres de la tierra, que abrió su boca para recibir de tu mano la derramada sangre de tu hermano. Cuando labrares el suelo, no volverá más a darte su fuerza; fugitivo y errante serás en la tierra".

El crimen se cometió, un crimen horrible, el hermano mató a su hermano, derramó su propia sangre, los ojos de la humanidad se espantarán por siempre ante el fratricidio. Sin embargo, pareciera que siempre habrá fratricidio en el mundo. La historia se repite como un hilo que se enreda. El libre albedrío, confiado por primera vez a Caín, cae con un péndulo pesado que asesina hermanos, que vierte sangre de hermanos, que repite un tic-tac de muertes fratricidas. Esas sangres de hermanos ante las que levantamos la voz de García Lorca y decimos incansablemente: "Qué no quiero verla, que mi recuerdo se quema".

Y Caín dice a Jehová, desde lo más profundo de su soledad, de esa soledad ya inútil que se perdió ante la lluvia y el verde: "Demasiado grande es mi iniquidad para ser perdonada. He aquí que me arrojas hoy de sobre la faz de la tierra, y de tu presencia me esconderé, y seré fugitivo y errante en la tierra, y va a suceder que cualquiera que me hallare me matará".

Caín reconoce su culpa, sabe bien lo que ha hecho, es su sangre derramada y ella misma le dicta la honda dimensión de su crimen.

Pero ¿a quién mató?. ¿Mató a su hermano o al pastor que ponía en peligros sus siembras? ¿Mató al seleccionado por Dios o mató al que Dios protegía con sus rebaños y libertad? ¿Mató al que rendía con éxito ofrendas divinas o al que alteraba su concepción de trabajo y su sentido de propiedad?

El drama interior es siempre un enigma. El trabajo es el precio de la vida y el fruto su recompensa ¿Era el trabajo de Abel más fácil que el de Caín, era la propiedad de Abel más grande que la de Caín? ¿Era Abel tan libre y tan revolucionario que no creía en la propiedad de Caín?

El texto bíblico es parco, los hechos escuetos se dicen, las interpretaciones son tan libres como el camino del pastoreo.

Caín recibió su sentencia: fugitivo y errante será, pero Dios, lo señala para que no le matara cualquiera que lo hallase, pues "cualquiera que matara a Caín, con los siete tantos se tomará en él la venganza".

La justicia es divina, pero hace suponer que en el dictado se reconoce en ella un tanto de culpa humana.

De Caín venimos. Abel murió sin descendencia. De Caín que conoció a su mujer, y con ella parió a Enoc y de Enoc nació Irad, e Irad engendró a Mehujael y Mehujael engendró a Metusael y Metusael engendró a Lamec. Y Lamec, que siguió engendrando con sus dos mujeres, Ada y Zilla, confesó que mató a un hombre que lo había herido y a un mancebo por haberle pegado, y proclamó para su venganza; "si siete veces ha de ser vengado, Caín Lamec, lo será setenta veces siete".

Un largo historial de crímenes precede a la humanidad, que se asienta hoy día en sus lares sobre una cantidad contabilizada: en estadísticas de crímenes. ¿Quiénes se matan hoy día? ¿Pastores o agricultores? Actualmente tienen nacionalidades en Irlanda, Vietnam, Cambodia, Mozambique, Africa del Sur, Rodesia, Medio Oriente. Hermanos todos en el mensaje cristiano. Caínes y Abeles son los soldados desconocidos, con tan bellos monumentos y fogatas permanentes.

La Biblia parece copiar la historia diaria de la humanidad.